

ducian un vértigo semejante al vértigo de la agonia, tú, saltando sobre vallados de espadas, me salvaste de la muerte, ahuyentando con un prodigio de audacia á mis feroces enemigos.

ORIEL.

Señor.....

KEKOBAD.

Calla, calla. Has cumplido tu deber. Has sido buen esclavo. Nada te debo; porque en realidad, si algo has hecho, Orzmud te ha movido, Orzmud te ha arrastrado. Tú no has sido más que el instrumento ciego del dios que está en las alturas, y que es mi aliado y mi amigo. Pero así como se acostumbra en mi reino á colgar del templo el escudo que nos ha guarecido, que nos ha salvado de nuestros enemigos, así quiero yo consagrar tu felicidad, tu dicha á los cielos, y pide, pide cuanto quieras del omnipotente rey de los persas.

ORIEL (*cayendo de rodillas*).

Señor, deja que bese tus piés, deja que ponga mis lábios al ménos en el polvo que pisas. Si algo vale la condicion del esclavo, mi vida será una

continua bendicion para tí. Si algo puede la oracion del esclavo, mi palabra será una continua oracion por tí. ¡Que pida lo que desea! Señor, señor, pregúntale al ave encerrada en la jaula qué desea, y te dirá: luz, aire, pintar mis plumas en las hojas de las flores, beber ansiosa las frescas gotas de rocío pendientes de las ramas del árbol, y entregar á la soledad y á lo infinito mis gorgeos. Pregúntale á la fiera que encerrada tienes en tu palacio qué desea, y te dirá: correr por los bosques, tenderme á mi antojo en las grutas, abrir con mis uñas la madriguera donde guardar mis cachorros, moverme, espaciarme, gozar, abriendo las narices, del aire que libremente corre por los campos. Yo, señor, deseo una cabaña á orillas de murmuradora fuente, bajo copudo árbol, con un pedazo de tierra donde plantar algunos granos de trigo, cabaña en cuyo techo aniden las aves del cielo, para que allí, entregado á la soledad de mi pensamiento, pueda sacudir esta cadena que ha llegado hasta mi corazon, hasta mi conciencia, y recibir en mí el aliento de un dios que me dé lo que no he conocido, un instante de amor, una hora de dulce y tranquila esperanza.

KEKOBAD.

Segun eso, tú amas tambien.

ORIEL.

Señor, he encontrado á una pobre é inocente jóven perdida en el bosque, y la amo. Vuestra esclava es tambien. No ha dudado en dejar sus bosques y sus selvas por mis calabozos y mis cadenas, como esas pobres aves que al ver sin libertad al compañero de sus cánticos y de sus correrías por los aires, se precipitan sobre los hierros de la jaula, y aun á riesgo de estrellarse; propio milagro del amor, que todo lo vence. Desde el zumbido del insecto hasta el cántico melodioso y triunfal del ave; desde la indecisa luz de la luciérnaga que nace al borde oscuro del arroyo, hasta el esplendor mágico del astro que se baña en el éther; desde la pobre violeta que dura un día, hasta el cielo azul y eterno, en todo cuanto vive, en todo cuanto se mueve, hay un espíritu invisible que ha producido todas las cosas y las mantiene, que dá calor á la creacion, y la tiñe y la enrojece en su fuego; espíritu que es el amor, y del cual no puede eximirse el esclavo, cuando no están exentas ni las bestias.

KEKOBAD.

Esclavo, serás feliz. ¡Cuántos grandes reyes darian su corona por empequeñecerse hasta llegar á encerrarse en tu corazon, y tener por única ambicion una cabaña, por único cetro el cayado del pastor! Serás feliz. Te daré una cabaña apoyada en un cedro. Te daré tierras donde puedas coger sabrosos dátiles y blanco pan. Te daré ovejas para que puedas tejer una blanca túnica de lana á tu amada. Te daré un camello que te acompañe, por si alguna vez intentas atravesar el desierto. Te daré hasta una espada para que te defiendas de tus enemigos y te ennoblezcas á mis ojos. Cuanto desees, cuanto pidas te daré yo, tu amo, tu rey.

ORIEL.

¡Oh! Me parece imposible; gracias, señor, gracias.

KEKOBAD.

Te daré vida que no tienes, felicidad que no has conocido jamás; pero dame tú en cambio.....

ORIEL.

¿Qué, señor, qué?

KEKOBAD (*señalando al carro donde duerme su hermano*).

Dame todo el imperio de Persia.

ORIEL.

¿Yo que no tengo ni aire que respirar, yo que vivo de tu voluntad y de tu capricho, yo que ni siquiera poseo un pedazo de tierra donde fijar la planta en esta inmensa naturaleza; yo puedo darte toda, toda esa inmensa corona que ha caído de la cabeza de tu padre: yo, misero esclavo?

KEKOBAD.

Tú, no; pero sí esta corta espada. (*La arroja á sus piés*).

ORIEL.

¿Esta espada? No comprendo, señor.

KEKOBAD.

Corre, y clávala en el corazón de mi hermano, que duerme en aquel carro de guerra.

ORIEL (*arrojando la espada*).

¡Oh! Nunca, nunca. Me quema la mano como si fuera el aguijón de una víbora.

KEKOBAD.

¿Te atreves á desobedecerme? ¿Resistes á mi voluntad y á mi palabra? Misero insecto, ¿no sabes que te puedo aplastar bajo mis piés? Yo soy el rey. Yo tengo una corona más luminosa que la corona del sol. La tierra se extremece de espanto si yo ando. Los hombres no se atreven á mirarme, porque mi resplandor no les ciegue. Las estrellas se darían por honradas con engarzarse en mi diadema. Mi manto es más necesario á la naturaleza que el manto de oro de la luz. La vida entera puedo yo apurarla en un festin. Ahora mismo un mandato mio precipitará en el sepulcro á millares de hombres que morirían ignorados, como ignorado muere el nido de hormigas que pisa el gigantesco elefante en su camino.

ORIEL (*plegando las manos*).

Mandadme que muera, y moriré. No me mandeis que mate, porque no mataré.

KEKOBAD.

¡Oh! Nunca le pregunta el camello al caminante dónde va. Nunca al auriga le pregunta el caballo dónde le conduce. Nunca se resiste la piedra

á caer cuando la despide la mano del hombre. Nunca la espada se resiste á matar cuando la mano del hombre la esgrime. ¿Y tú, miserable, tú que eres ménos que el camello y el caballo en mi reino, y estás aún más sujeto á mi voluntad que la piedra y la espada, tú me desobedeces, tú desobedeces á un rey en cuya presencia van á temblar muy pronto los reyes de la tierra desde el Oriente hasta el Ocaso? Instrumento mio eres, y si alguna vez te considero inútil, te mataré, como quiebro la copa de barro despues de haber apurado el vino que contiene.

ORIEL.

Señor, yo no sé lo que pasa aquí en mi corazón; pero una voz secreta que no puedo desoir, una voz más poderosa que el estruendo del huracán, más sublime que el rumor de las olas en la playa, me está diciendo con inflexible severidad que no te obedezca, porque me mancho con un crimen y me atraigo un eterno remordimiento. Perdóname, señor; pero mi voluntad no es bastante á cerrarme los oídos para que no escuche esa tremenda voz.

KEKOBAD.

¿Qué voz puede ser esa? No hay más voz, no hay más eco en todo mi reino que mi voz y mi palabra, que son tus únicos códigos. Yo, rey de Persia, yo, detenido delante de un esclavo! Toma esa espada, tómalala, y vé, y cumple tu deber, que es obedecer á tu señor á ciegas. Sé tan fiel á mí como será fiel esa arma al impulso de tu brazo.

ORIEL.

No, no.

KEKOBAD.

Pues verás á esa mujer que has encontrado por compañera de tu vida, desnuda, herida, desgarrada, expuesta en una cruz á que el sol curta su piel y los insectos chupen su sangre y devoren sus carnes; y en su agonía te maldecirá á tí, que por desobedecerme serás causa de su suplicio y de su muerte.

ORIEL.

No más, no más. Cúmplase tu voluntad. (*Se arroja en el carro donde está dormido Tanyojarcés.*)

KEKOBAD.

¡Un esclavo quiere tener voluntad, quiere tener conciencia un esclavo! No sabe que nada es, que su voz debe ser ahogada, que su corazón no tiene más movimiento que el movimiento que le consienta su amo. ¡Ah! Pronto voy á ser dueño de todos los dominios de Persia.

ORIEL (*en el carro donde está dormido Tanyojarcés, le contempla*).

¡Morir! ¡Matar! Soy ménos, mucho ménos que la espada cuyo filo va á cortar los días de este hermoso príncipe dormido en su inocencia. La blanca luna, que ha estado luchando con las sombras toda la noche, muestra un instante su faz, como si quisiera por última vez besar al que va á ser para siempre arrancado de los brazos de la naturaleza. Ocúltate, diosa de la noche, ocúltate; no ilumines mi crimen. El corazón del ambicioso es más profundo que la tumba, es más voraz que la muerte. ¡Cuán fácilmente respira! Sus ojos entornados que casi dejan entrever sus pupilas, su frente sin la arruga de un remordimiento, la transparencia de su rostro, el encendido color de sus megillas, su candor que resplandece en este pro-

fundo sueño, dan señales de una vida poderosa, exuberante. ¡Y todo va á ser aniquilado por el filo de esta espada! ¡Y todo va á morir por el impulso de este brazo! ¡Oh! Mi crimen me seguirá como una sombra. Mi vida será una vida maldita. Al ménos ahora, en la soledad de mis calabozos, entre el ruido de mis cadenas, no oigo una vez que me turbe y emponzoñe más aún mi dolor y mi desgracia. Pero si no le mato, ¿qué será de Iria, de mi amor? Acabémosle. ¡Ay! ¿No amaré también, no amaré? Al herir su corazón, tal vez heriré otro corazón. ¡Oh! Jamás. Despierta, príncipe, despierta, y huyamos, que te quieren matar.

TANYOJARCES (*despertando*).

¿Quién, quién me llama?

ORIEL.

Huyamos, huyamos.

KEKOBAD.

¡Ah, traidor esclavo! No le salvarás, no le salvarás.

TANYOJARCES.

Hermano mio, ¿es hora de partir á...?

KEKOBAD.

A la muerte, á la muerte. (*Clava la espada en la garganta de Tanyojarcés, que lanza el último suspiro.*)

ORIEL.

¡Horror, horror! ¿Qué has hecho? Era tu hermano.

KEKOBAD.

Si esto hago con un hermano que me amaba, imagina qué haré con un esclavo como tú, que me desobedece.

ORIEL.

¡Piedad, piedad!

KEKOBAD.

Te concedo cabaña y campo, á pesar de no haber querido matar á mi hermano; te concedo que vivas con la mujer que amas.

GRIEL.

¡Ah!... ¡Señor!

KEKOBAD (*para sí*).

No conoces aún mi venganza. Despertad á mi ejército, guardas. Decidle que mi hermano ha muerto de las heridas recibidas anoche, y que se prepare para ir en alas de la victoria á la conquista de Egipto.

FIN DE LA JORNADA CUARTA.